

LA TARDE

Año XXIII

Diario republicano

Número 6.111

FUNDADOR Y DIRECTOR: J. LÓPEZ BARNÉS : REDACCIÓN: AVENIDA DE LA ESTACIÓN . Lunes 6 de Julio 1931

¡Gracias señor Ministro!

LA VOZ DE UN PUEBLO

A nuestro colega "La Voz", de Madrid

«La Voz» de Madrid correspondiente al 4 del actual, sale al paso de las quejas que vienen lanzando las capitales y pueblos perjudicados con motivo de las reformas militares del señor Azaña, y alega en defensa de las mismas y quitando la razón a los quejosos, que como *no caben confusiones entre lo principal y lo secundario, la República ha de atender a lo principal, exclusivamente si ha de consolidarse.*

Si el colega, que en lo de defender las provincias es hartó parco, estuviera en tanto del caso de Lorca, quizá variara de criterio y se pusiera de nuestra parte, porque es tan perfectamente injusto lo que se ha hecho con nuestra ciudad, es tan profundamente lesivo, que ningún espíritu recto puede dejar de reconocerlo, de lamentarlo y de apoyar con su voto nuestras justísimas pretensiones.

La ciudad de Lorca, estimado colega, reconoce y aplaude al que quien más la reorganización del ejército hecha por el señor Azaña. Pero hay que convenir en que el inmenso daño que se nos ha causado, se ha podido evitar sin perjuicio alguno para dicha reforma o reorganización.

Si lo principal para España era llevarla a cabo, dentro de lo que se considera *accesorio* hay también muchos puntos de vista dignos o merecedores de la mayor atención, y es uno de los más esenciales el haber procurado causar el menor daño posible al estudiar la nueva distribución de fuerzas militares. ¿Es que no merecía la pena? ¿Es que no era esencialísima dentro de lo principal esa nueva distribución? ¿Es que se ha hecho ésta a tonos y a locas como se dice vulgarmente, por el señor Azaña y sus colaboradores?

No cabe suponerlo. Hay que pensar lógicamente que se ha pensado que se ha meditado acerca de los puntos donde habían de destinarse las susodichas fuerzas y al hacer ese estudio no se ha tenido en cuenta para nada, que se sacrificaba, que se arruinaba, que se asesinaba a un pueblo de sesenta mil almas.

Eso es lo que se ha hecho con esta ciudad. Si dentro de lo *accesorio* no es esta cuestión principalísima, que venga Dios y lo vea, colega. Entendemos y entenderemos siempre, que la vida de sesenta mil criaturas, merece algún respeto, alguna consideración, y si por faltar a uno y a otra clamábamos con sobrada razón contra la conducta inmoral, desaprensiva

y arbitraria de los gobernantes monárquicos, juzgue el colega si eso que llama *movimiento de mal humor colectivo*—por el cambio de guarniciones—tiene sobrado fundamento por lo que respecta a esta ciudad, al verse tratada por los gobernantes republicanos en quienes hay que suponer sentido moral y espíritu recto, peor aún que fuese tratada por los monárquicos.

Y no hay que levantar una línea; en defensa de nuestro pueblo que se muere de hambre, en defensa de nuestra patria chica despojada del pedazo de pan que la sustentaba por una determinación no meditada suficientemente dada su importancia, gritaremos una y mil veces sin temor a nadie ni a nada, que con nuestro pueblo se ha cometido una atroz injusticia, que se le ha tratado como a un esclavo, que se le ha sacrificado sin reparo alguno, todo lo cual implica un acto de inhumanidad. ¿Está claro, colega?

Y no entienda que nos expresamos inconscientemente, que desconocemos el valor de las palabras, que ignoramos el alcance de nuestros conceptos, no; lo decimos sin temor, sin miedo, sin importarnos las consecuencias, arrostrándolas sean las que quieran. Porque cuando un pueblo que viene siendo víctima años y años de toda clase de injusticias, de espolios, de gravámenes, de criminales abandonos, de inhumanas desatenciones, de verdaderos despojos; cuando un pueblo se ve estrechado, escarnecido, burlado como viene siéndolo éste toda su vida, sin abrir otra puerta a su esperanza que la de la emigración cuyos umbrales pasaron para siempre en escasos años VEINTICINCO MIL lorquinos; cuando a un pueblo se trata así, defenderlo con garras y dientes, jugándose todo, exponiéndolo todo y arrostrando cuanto haya que arrostrar, no es más que romper una lanza por la Justicia, por la Equidad, por el Derecho pisoteados; no es más que cumplir un deber que todo hijo consciente tiene para con su madre; un deber de verdadera ciudadanía, mal que pese a los que de ciudadanos se jactan y lo demuestran sacrificando a los ciudadanos sin parar mientes en el acto que realizan.

Lorca con los ochenta mil habitantes que tuvo hasta bien pocos años, vivió ignorada, desconocida para todo el mundo, por carecer de fuentes de riqueza que le dieran holgada existencia, que le hicieran hacer vida de relación con el resto de España. Sin

industria y con escaso comercio, vivió, arrastró siempre una vida misérrima, triste, más que triste, dolorosa. Viene siendo la cenicienta, la verdadera cenicienta—y el tópico jamás pudo emplearse con más exactitud—de la provincia murciana. Fué siempre considerada como villorrio despreciable hasta por los pueblecitos que la cercan, porque no pudiendo desarrollar su vida por el infame abandono en que la tuvo el Estado, su alentar fué de lugarón mezquino, pero no para el fisco que la consideró como gran ciudad para explotar con usurarias cuotas, con la aplicación de elevadas tarifas su raquímo comercio, su escaso rendimiento agrario. Porque es el caso, querido colega, que ese *localismo* a que se refiere en su artículo «Los intereses locales y la solidaridad nacional», ese *localismo base de nuestros males, en el que velan los caciques su base de influencia; esa política de campanario tan odiada por todos los espíritus perspicaces*, jamás, jamás, se hizo en Lorca para su beneficio, sino para su mal. Esa *política* y esa *influencia*, se pusieron—¿por qué no decir que aun se ponen?—en práctica en otros pueblos, para empobrecer, para hundir, para anular más y más a Lorca. Si, se luchó sin descanso para restarle los escasísimos elementos con que contó en lejanas épocas. Y se les restaron y absorbieron su jugo hasta extenuarla.

Lorca no tiene más que una fuente de riqueza; la única: su vega, su amplia vega que la forman DOCE MIL hectáreas de magnífica tierra por su espléndida calidad. Avalora tan dilatada extensión una red de cauces y partidores que asombra por su admirable disposición y distribución; que creada por los árabes, muestra, con su inteligencia, el amor que a la ciencia agrícola profesaron aquellos sabios, nobles antepasados de la vieja Ciudad del Sol, que la monarquía trató sin piedad, como a esclavos, como a verdugos cuando a ellos debió la España medioeval esplendor, florecimiento, cultura y riqueza. ¡La España árabe, el rincón más espléndido, más artístico, más sabio de la Tierra, en su tiempo!

Pues ese espléndido tesoro—la vega—ese inagotable filón que pondría a este pueblo mío a la altura del más próspero, del más envidiable, se agotó, estimado colega, ya hace años, muchos años. Esa vega en cuyas profundas entrañas latía pugnando por salir a la superficie los gérmenes fecundos de cuantiosas riquezas, esa

desventurada vega, es un erial, terreno baldío, infecundo, estéril, una pobre estepa..

No, no es literatura, no sabemos hacerla a consta de un pueblo que se muere de hambre y menos, cuando ese pueblo es el nuestro, nuestra patria chica en cuyo seno duermen nuestros progenitores, la que ha de abrirse pronto para recibir nuestro cuerpo. Decimos la verdad, escuetamente la verdad. O los años de horrible sequía, lo agostaron todo, lo asolaron todo, nos igualaron a todos, igualdad funesta, porque en Lorca, no existe ya más que una sola clase social; la de los necesitados, la de los indigentes, la de los hambrientos, y tengase presente que a cincuenta y tantos kilómetros de superficie se estiende su término municipal.

Si, hay que ser veraces, hay que decirlo todo.

Lorca cuenta con un pequeño manantial de agua perenne para riegos. Con otro pobrísimos venero de agua potable para el consumo diario de treinta y cinco a cuarenta mil habitantes que encierra ciudad y huerta.

El primer manantial—los Ojos de Luchena—es explotado de una manera escandalosa, realmente abominable, que subleva, que indigna, por la «gloriosa» Confederación Sindical del Segura que creó el no menos «glorioso» Conde de Guadalhorce, el técnico «insuperable», el apóstol del cemento que con el laudable propósito de que no se adjudicaran esas aguas a los regantes por medio de una subasta más que onerosa criminal, para llenar con sus productos la caja de caudales de la «gloriosa» Confederación, resulta que ahora como antes y como siempre, la subasta subsiste, perdura; el crimen horrendo se perpetra a diario. Es el cántaro de agua que, puesto ante los ojos de doscientos, de trescientos se dientes que ven su muerte próxima si no beben el precioso líquido, se le grita:

—¿Quién dá más por un trago?

Y a la proposición del que subasta aquellos cien, doscientos, trescientos desdichados, hispeantes los ojos, amaratado el rostro rugoso, crispados los nervios, cual si la frase oída les obligara a una convulsión, alzándose sobre las puntas de los pies, en tensión la garganta para dejarse oír y ver por el subastador, prorrumpen en voces, gritos, más bien rugidos, diciendo:

—¡Diez, veinte, treinta, cuarenta, cien, doscientos...!—¡A ese!—dice el que la subasta ejecuta. Y el trago

es para aquél, y a subastar otro, y a repetirse la horripilante escena una, y otra, y otra vez, hasta agotar el cántaro diez sedientos, los que más dieron, y quedarse el resto sin beber.

Así se subastan en el llamado Al porchón, diariamente, hila por hila, las aguas de ese pobre manantial. Tan pobre, que no basta a regar una pequeñísima parte de la vega.

Pero hay mucho más.. Es el caso, que esa hila de agua que debe constar de una cantidad determinada, por raras circunstancias, su medida es perfectamente convencional para mayor desdicha del infeliz que la adquiere. El agua sale del Pantano—recipiente del manantial—en la cantidad vendida; recorre doce o quince kilómetros hasta llegar al llamado partidór desde el cual se distribuye tomando cada porción los cauces que han de conducirla hasta la tierra de los adquirentes. Y, con frecuencia aterradora el agua apenas llega a la tierra. Convencional la medida y largo el trayecto que recorre, en él se queda la mayor parte y el desdichado huertano, la desventurada víctima de esta explotación inicua que viene agotarse su sementera o sus hortalizas mal vendió sus animales, empujó su pobre ajuar, dejó a sus hijas hasta sin refajo, se entregó en brazos de la usura, hipotecó a retroventa su pequeña finca, para adquirir el agua salvadora a cincuenta, a cien o a ciento cincuenta pesetas la hila!! se queda sin frutos, sin finca, sin animales, sin ajuar, sin alpagatas, y mustio, dolorido, desesperado, habriendo, se lanza con los suyos por el portillo de la emigración. Cadáveres que andan, van hacinados en la bodega de un buque, sostenidos por el ansia de resucitar en tierras lejanas, o hundir su cuerpo en ellas olvidados de Dios y de los hombres. Brazos que se pierden, energías que desaparecen, dejando en su patria chica, desolación, ruina, muerte.

Este es el venturoso presente de la ciudad de Lorca, colega madrileño. Esta es nuestra situación cierta, positiva.

Trece años hace, unas reformas militares dotaron a Lorca de guarnición, por considerarla punto estratégico de primer orden. Gastó el Estado tres millones y medio de pesetas en un cuartel. Ya lo hemos dicho, el mejor de España. Se sacrificó el pueblo por regular